

# Los Soprano: gánsteres en el límite

Por ARÍSTIDES O'FARRILL

Uno de los acontecimientos gratamente sorprendentes de la televisión cubana fue la exhibición completa, por el canal *Cubavisión*, de la afamada serie *Los Soprano*, creada por David Chase y emitida por la poderosa y prestigiosa cadena norteamericana de televisión por cable HBO. La serie constó de 83 capítulos divididos en seis temporadas, que dieron inicio en el año 1999 y culminaron en 2007. La teleserie se convirtió en un fenómeno mediático en Estados Unidos y en muchos otros países, pese a acercarse a una temática recurrente tanto en el cine como en la televisión nortea: la llamada mafia ítalo-norteamericana, temática que posee unas cuantas obras maestras y que a estas alturas ya parecía no dar más.

De hecho, se supone que éste fue el motivo de que otra poderosa cadena televisiva, la FOX, que en principio iba a distribuirla, desechará el proyecto en beneficio de la citada HBO, decisión de la que aún los primeros deben estarse arrepintiendo. La serie marcó récord de teleaudiencia y arrasó en varias ocasiones con los codiciados premios *Emmy* de la televisión de ese país, además de ser clasificada por el semanario *Newsweek* como el acontecimiento más importante de la cultura popular norteamericana de los últimos 25 años.

¿Cuál fue el secreto del éxito de esta serie? Pienso que estuvo en la combinación de humor sutil e inteligente, negro, a ratos sarcástico y estrafalario, aderezado con erotismo y sexo astutamente espaciados, además de la habitual violencia presente en este tipo de producciones. Pero sobre todo, influyó un plantel de actores de primera, muy agraciados físicamente, que sin ser mayoría —empezando por el protagonista—, poseen un carisma especial

y unas dotes histriónicas exactas para los roles que les tocó encarnar.

Por último, tanto la puesta en escena como el armado psicológico de los personajes no tienen nada que envidiarle a cualquier producción hollywoodense de primer nivel. De hecho demostró que si un espectador quiere encontrar adultez y seriedad en las producciones audiovisuales norteamericanas ya no puede esperarlas del grueso de la producción cinematográfica de ese país, pues Hollywood, salvo honrosas excepciones, está atrapado entre el dinero seguro, secuelas que van, secuelas que vienen y la dictadura de lo políticamente correcto. Mientras que en series como *Los Soprano* nos encontramos con un acentuado verismo: la crisis de la familia, las tensiones raciales, la homosexualidad sin los falsos adornos que suele ponerle el cine norteamericano, las disfunciones sexuales, la corrupción política, judicial y policial, así como la avaricia desmedida que tanto daño está haciendo y que ha provocado la actual crisis financiera global.

La banda sonora utiliza el recurso sonoro impuesto por el realizador Martin Scorsese en *Malas calles/ Mean Streets*, de 1973, que trata de ambientar mediante éxitos de la música popular situaciones y personajes. En el caso de Anthony Soprano, alcanza una riqueza y diversidad loable con el tema principal, *Woke Up This Morning*, del grupo *A3*, cuya letra describe perfectamente al mafioso y personaje principal, pasando por diversas piezas musicales que incluyen clásicos de Frank Sinatra, Elvis Costello o *Los Rolling Stones*, cuyos textos se adecuan perfectamente con lo que está sucediendo en la pantalla chica. Este tópico alcanzó gran maestría —opino así tal vez por nostalgia generacional— en el capítulo en que el

FBI intenta una frenética, estrafalaria y al final fracasada operación para situar micrófonos en la casa de Tony Soprano al ritmo del hit *Every Breath you Take* del trío *Police*.

Por otra parte, la serie jugó todo el tiempo con el guiño, a veces paródico, a filmes sobre el género como la trilogía de *El Padrino* (1972- 90), la citada *Malas calles*, *Uno de los nuestros- Godfellas* (1990), *Donnie Brasco* (1996) o *Caracortada* (*Scarface*, 1983), que van desde la elección de algunos protagonistas de esas películas, invirtiendo los papeles que hicieron en ellas, hasta la alteración de la representación de las mismas en contextos o situaciones diferentes, que ponen a prueba la memoria del cinéfilo.

Con este presupuesto dramático Chase y sus guionistas armaron una trama ingeniosa, polisémica, con una serie de situaciones dramáticas que dejan en el espectador más de una posible lectura. El gran defecto de las series norteamericanas de éxito es que mientras proporcione dividendos, la saga se alarga hasta la saciedad. Esto le ocurrió a *Los Soprano*, cuyas dos últimas temporadas se volvieron reiterativas y cansinas, salvo algún que otro destello.

## La trama y los personajes

La historia central de *Los Soprano* gira alrededor de Tony Soprano (James Gandolfini), un gánster casado y con dos hijos que administra un bar —el *Bada Bing*— con servicio de *strippers*, el cual es sólo una fachada para los negocios turbios de la organización criminal que él regenta. El clan Soprano es una de las “familias” que controlan el crimen organizado en el oeste de Nueva York, pero no como los mafiosos de *El padrino*, sino más bien a la manera de los

gangsterzuelos que Scorsese retrató en su espaciada trilogía sobre la criminalidad de ascendencia italiana: las citadas *Malas calles*, *Uno de los nuestros* y *Casino*, pues los “negocios” de Soprano van desde la extorsión a pequeños negociantes hasta el robo de productos electrodomésticos de moda. El protagonista, tras escalar a lo más alto de la cima de su clan, enfrenta no sólo la responsabilidad de guiar a sus compinches, sino que enfrenta a quienes entre ellos ambicionan su jerarquía, a la vez que combate las “familias” rivales.

Por otro lado, está su verdadera familia, en cuyo seno existe más de un dilema. Su esposa Carmela (la magnífica Edie Falco) es una mujer inteligente y capaz que espera de la vida mucho más que ser el ama de casa de un hombre que gana mucho dinero. La hija de ambos, Meadow (Jamie-Lynn Sigler), se muestra rebelde ante su padre y mantiene una relación bastante desafiante y tirante con sus progenitores, mientras que el varón, Anthony Jr. (Robert Iler), un tanto lerdo y torpe, les da más de un dolor de cabeza en las difíciles

etapas de la adolescencia y la primera juventud. Por otro lado sus principales colaboradores, sus *Capo Regime*, Silvio Dante (Steve Van Zandt) y Paulie Gualtieri (Tony Sirico) —por cierto un mafioso en la vida real— son hombres rudos, acostumbrados a la violencia —incluido el crimen, por supuesto—, pero un tanto ineptos. Lo mismo sucede con el resto de sus colaboradores, sin descontar al sobrino de Soprano, Christopher Moltisanti (Michael Imperoli), el de mayor nivel cultural de la “familia”, debido a un cierto talento para el audiovisual, y quien mantiene hasta el final una relación de amor-odio con su tío. Igual de tensa es la relación de Soprano con su madre Livia (Nancy Marchand), con la que sostiene una confrontación que alcanza ribetes edípicos, curiosamente de complejo de ¡Electra!

Por último, su tío Corrado “Junior” (Dominic Chianese) es un mafioso a la antigua, lo que ocasiona más de un choque entre ambos. Algo semejante sucede con su hermana, la liberal y casquivana Janice (Aida Turturro),

la oveja negra de la familia, quien a lo largo de la serie provoca diversos choques por sus relaciones amorosas con hombres cercanos a Tony. Todos estos inconvenientes llevan a Soprano al desván de la madura, pero hermosa, psicoanalista Jennifer Melfi (Lorraine Bracco), mujer de la que se enamora perdidamente, más debido al capricho por lo inalcanzable que le resulta, que por un verdadero sentimiento amoroso. Lo antes descrito provoca situaciones en extremo hilarantes y logran incluso que el espectador se ría de lo que jamás debería reírse. Aunque, como antes apunté, en las dos últimas temporadas la serie pierde fuerza e incluso la relación Melfi-Soprano llega a hartar al telespectador.

### El que entra no sale

Una de las características de la serie consiste en que el que sea miembro del clan Soprano, o se codee con ellos, establece en su vida una suerte de punto de no retorno infernal. Adriana La Cerva (Drea de Matteo) es de los



personajes importantes en la serie, el más frágil y digno de compasión. Es una mujer buena, pero ambiciosa, lo que la lleva a unirse con Moltisanti a quien ama, pero sabe que su relación con él camina en una cuerda floja. No obstante su codicia la lleva a seguirlo, y le depara un triste final. Algo similar le sucede al productor de televisión que se endeuda con el propio Moltisanti y es golpeado y humillado a lo largo de la serie. Otro endeudado sin salida es Artie Bucco (John Ventimiglia), dueño del restaurante donde come Soprano, pero que al ser estafado por un timador, queda endeudado con Soprano para siempre, teniendo que servirle de tapadera en algunos casos y de por vida permitir que éste coma y beba gratis, aparcando así definitivamente sus sueños de ser un empresario gastronómico.

La propia esposa de Soprano, harta de sus infidelidades y de una vida en peligro, intenta divorciarse, pero Soprano (cual Michael Corleone) logra mediante una serie de artimañas que ella vuelva con él. El propio Moltisanti cada vez que quiere abandonar a su tío, regresa sea por la fuerza de la “sangre”, sea por los dividendos que obtiene. O el caso de Vito Spatafore (Joseph R. Gannascoli), otro de los capos de Soprano, quien descubre su homosexualidad —en lo más hilarante de la quinta temporada— e intenta abandonar la banda y termina igual que el personaje de De Matteo. Suerte similar a ambos, corre el personaje que interpreta Annabella Sciorra, una esquizofrénica que comienza una intensa relación amorosa con Soprano, pero éste, que tras experimentar con nuevas mujeres desecha las anteriores, al hacer lo mismo con ella le provoca un cruento final. Furio Giunta (Federico Castelluccio) terrorífico guardaespaldas de Soprano, termina como fugitivo por su amor no consumado con Carmela Soprano.

Mucha mejor suerte corren los que se acercan a los Soprano, pero saben salirse a tiempo. Tal es el caso de la hermosa judía Alicia Uit, de la que se enamora Moltisanti tras pasar una noche juntos, pero luego las diferencias culturales se imponen y ella decide romper. Lo mismo le sucede al joven mestizo,

primer amor de Meadows para estupor de Soprano, quien se percata de que su relación con la joven a la larga es peligrosa y sin futuro. Algo parecido le ocurre a Jr. Soprano, tanto con la joven anglosajona de clase media, también su primer amor, como con la joven mestiza que es su prometida, pero quien al final deshace la relación. De esa forma la serie quiere decirnos además que si bien se ha avanzado mucho en materia de integración racial —no sólo a nivel nacional, sino también al interior de los italo-norteamericanos y el resto de las minorías que integran ese multicultural país—, pesan todavía mucho las diferencias culturales, lo que provoca la pervivencia de la endogamia. Otro que se salva es el médico, quien inicia una breve relación con Carmela Soprano, decepcionándola, por lo que ella rompe los vínculos y él sin proponérselo logra salirse a tiempo, antes de terminar con el cuerpo agujereado.

Otra que escapa ilesa es la doctora Melfi, quien sortea los asedios amorosos de Soprano. La Melfi, mujer fina y culta, siente atracción por la virilidad animal del mafioso, algo que le sucede a mujeres de su condición social (y he aquí otro de los logros de la serie en el trazado psicológico de los personajes), pero sabe que si comienza una relación con él puede ser una inflexión muy peligrosa para su vida.

### El mal

Como en gran parte de las series televisivas extranjeras de mejor factura en la actualidad —y como en todas las producidas por HBO—, no falta el coqueteo con el mal, la ambivalencia en su tratamiento, el cinismo. Es más, nos encontramos con algo que se va haciendo habitual en las series de HBO: el protagonista principal es un personaje negativo, no ya al estilo de los antihéroes de antaño (el Rick Blaine de *Casablanca*, por ejemplo), que encontraban la redención al final, sino un hombre que encarna el mal. Tony Soprano es un asesino, extorsionador, tramposo y mujeriego, pero sus muchas sombras están delineadas con rasgos de bondad, lo que unido al carisma personal de

Gandolfini y al humor sutil de la serie, hacen que el personaje sea simpático y se haya colocado de lleno en la cultura popular norteamericana, al punto de que los Clinton remedaron el capítulo final de la serie para el inicio de su campaña por la candidatura demócrata en las elecciones del pasado año.

Cada asesinato, acto de violencia, chantaje o traición que cometen Soprano y sus compinches está balanceado por algún acto de bondad o alguna situación humorística que rebaja el dramatismo en la representación del mal. Sin embargo, es justo reconocer que hay varios momentos en que la serie revela en profundidad la naturaleza criminal de los protagonistas: la golpiza mortal que le propina el sádico Ralph Cifarretto (Joe Pantoliano), después de burlarse de ella y humillarla, a una *stripper* embarazada por él mismo, las continuas golpizas de Moltisanti al citado guionista de televisión o los asesinatos de Soprano a familiares y amigos, son muestras de ello y evidencian con claridad que nadie está a salvo del crimen organizado.

Hacia la última temporada se hace mayor énfasis en revelar a Tony Soprano como lo que es: un monstruo. Pero ya es tarde, el mal es resbaladizo, y en el imaginario colectivo queda como un “gordo simpático”, tal como le escuché decir a alguien, o peor, como “el hombre de mejor aspecto”, según una votación de los estudiantes del Instituto donde cursó estudios Gandolfini. La violencia está retratada con toda la crudeza y sordidez que tiene en sí misma, sin el más mínimo asomo de glamour. Pero a la vez, no se ahorra ningún detalle morboso, como sucede en la pelea mortal entre Soprano y su archienemigo (el citado Cifarretto), de un nivel de crueldad exasperante, que deja chico a los filmes violentos de Scorsese. Aquí, como si se tratara de una película de horror, se incluye hasta el desmembramiento del cuerpo.

Nada bien parados quedan los representantes de la ley, encarnados en los fracasados agentes del FBI, que luchan infructuosamente por detener a Soprano y su pandilla, y cuyos métodos no difieren mucho de los empleados



por él. Por ejemplo, chantajean a La Cerva hasta provocarle el triste final aludido. Todos los agentes son personajes fríos, deshumanizados. Como la agente que le tiende la trampa a La Cerva haciéndose pasar por su amiga, y al final deviene en una arpía fría y calculadora que traiciona a una persona ingenua que le había entregado su amistad. “Yo creí que éramos amigos”, le expresa La Cerva cuando todo se descubre. “Nosotros no tenemos amigos”, es la respuesta. Incluso los agentes no tienen reparo en negociar con Soprano cuando éste les puede brindar información valiosa sobre unos árabes, sospechosos de actividades terroristas. Siguiendo las reglas del cine negro, la línea que separa a la justicia del delito es bien delgada. Mucho se discutió del ambivalente final de *Los Soprano*, pero percibo que estuvo a tono con la ambivalencia ética de la serie.

#### La familia y la fe cristiana

Soprano y sus secuaces, como todo ítalo-norteamericano tradicional, son católicos y creen en el valor de la familia, pero, al igual que sucedía en la saga de *El Padrino*, estos valores poseen una deformación, están completamente torcidos. La Iglesia, para Soprano y su clan, no es más que una referencia cultural, una más que los mantiene unidos a sus raíces. La única en verdad devota y fiel católica es Carmela Soprano, una mujer que cree sinceramente en Jesús y en los valores familiares, pero está atrapada en las redes de su esposo, en mantener unida a su familia a toda costa y también, cómo no, en su propia ambición. No logra escapar del círculo vicioso en que se encuentra y, cuando lo intenta, ya no hay tiempo. El único sacerdote que aparece sistemáticamente en la serie es el padre Greg, quien tampoco es un dechado de virtudes. En uno de los capítulos, intentando consolar espiritualmente a la Carmela Soprano, no sólo se emborracha y está a punto de tener sexo con ella, sino que hasta comete un sacrilegio con la Eucaristía. En otro momento, por una disputa con Gualtieri sobre la ayuda a

la Iglesia, parece más un comerciante que un presbítero.

En fin, la fe cristiana queda en la serie como un signo —cambiante por la misma hipocresía de algunos de sus miembros— de la tradición ítalo-norteamericana, pero no como lugar de crecimiento humano, mucho menos de redención. Con la familia sucede lo mismo. Casi todos son hombres casados y preocupados por sus hijos, empezando por Soprano, practican la doblez moral, tienen amantes y sistemáticamente relaciones sexuales con las bailarinas exóticas del *Bada Bing*. Algunos de ellos son amantes esposos y, a su manera, buenos padres, pero su desprecio por la vida ajena los desacredita totalmente. Por otra parte, el ejemplo y la educación que les dan a sus hijos hacen que estos imiten su comportamiento o desprecien la caricatura de fe cristiana que les han ofrecido y terminen, en algunos casos, igual o peor que sus progenitores. La única que parece encontrar una ruta apropiada es Meadow

Soprano, quien a fuerza de irle a la contraria a su padre parece enrumbar su destino.

#### Breve conclusión

*Los Soprano* es una de las tantas series televisivas que demostró la preeminencia creativa de éstas sobre el empantanado cine nacional norteamericano. Evidenció, a su vez, que el canal HBO es uno de los que produce o distribuye series de mejor factura. Quizás, sea el mejor, fiel a su *slogan*: “Esto no es televisión, es HBO”, es decir es cine. Asimismo, mostró la impronta de las producciones televisivas de este canal —*Deadwood*, *Roma*, o *Bajo escucha*—: adulez y seriedad temática unida a un naturalismo descarnado, la ambivalencia ética, el cinismo y la torcedura moral, reflejo de un tiempo como el que vivimos, nebuloso, sombrío y escéptico. Tiempos de neopaganismo.

